DT 04 3

Buenas noches, aquí comienza Temas para el Debate, un programa que labora la UNED todos los martes para discutir aspectos que de alguna manera tienen que ver con la actualidad, con la realidad cotidiana. Hoy, durante los 50 minutos que, como siempre, tendremos para el debate, vamos a hablar de la crítica en España, especialmente de la crítica literaria y la científica. Nos hablarán de ello Rafael Conte, periodista especializado en crítica literaria del diario El País, Eduardo Bustos, profesor de filosofía en la UNED, y Eduardo Subirats, también profesor de filosofía en esta universidad y autor de varios ensayos sobre filosofía.

Buenas noches a todos. Bien, antes de comenzar el debate sobre la situación de la crítica en España, recordar que, como cada martes, este espacio ha sido preparado por los profesores de una facultad de la UNED, en este caso la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación, sección de Filosofía, y más concretamente por Eduardo Subirats, que aquí nos acompaña y que suponemos está dispuesto a abordar el tema en profundidad. Bueno, si os parece, para empezar voy a plantear una primera cuestión al marcar el debate.

¿Cuál es vuestra opinión de cada uno de vosotros sobre la situación de la crítica en España? Por ejemplo, Rafael Conte. Bueno, yo no podría hablar de la crítica en su conjunto, aunque supongo que es un tema que saldrá y no se hablará estrictamente de la crítica en un medio determinado, sino de... sino que habrá tiempo de profundizar más. Lo que a mí respecta, en lo que yo entiendo, lo que hago desde hace ya bastantes años, es la crítica literaria en los periódicos.

Y en este sentido tengo que decir que la crítica literaria en los periódicos no está bien. O sea, no hay una gran crítica. Y que no es algo que sea malo, porque nunca la ha habido.

Si yo retomo en la historia de la literatura española los grandes críticos que ha habido, pues no sé, pensemos en gente como como Ortega y Gasset o como Clarín, evidentemente nos encontramos con verdaderas excepciones. O sea, de vez en cuando surge una gran personalidad, que no es la personalidad de un crítico, sino la de un creador, la de un filósofo. Y en este sentido, sí, cuando este señor se acerca a los medios de comunicación, los enriquece, marca tendencias y transforma cosas.

Pero por lo general, tradicionalmente, lo que se llama el crítico literario habitual de un periódico, no existe. Bien, la opinión de Eduardo Bustos parece ser que Comte piensa que no existe el crítico literario habitual. Bueno, en este terreno.

Luego hay otra crítica, más profunda, más seria, que debe existir, de la cual vosotros me tendréis que dar vuestra opinión. Bien, por lo que respecta a la crítica, digamos, en los medios de comunicación, mi juicio es similar al de Comte. Por lo que respecta a la crítica especializada en revistas de filosofía o en revistas científicas, mi juicio, quizá, es aún más negativo que el de Comte respecto a la crítica en los medios de comunicación social.

Habrá que analizar por qué, en el curso del debate, por qué esto es así, por qué incluso el estado, digamos, de la crítica dentro de los medios especializados, de revistas especializadas en filosofía o en ciencias, es aún peor que en el caso de los medios de comunicación. Habrá que analizar cuáles son las razones institucionales y razones históricas, si las hay, sobre ese estado de la crítica, sobre la razón de ese estado. ¿Y la opinión de Eduardo Subirats? ¿También es pesimista en ese aspecto? Pesimista, es una palabra que no me gusta, pero voy a hablar de la crítica específicamente filosófica.

Y el balance que haría es también negativo. No existe la crítica filosófica en España. No existe, en primer lugar, porque no existe una tradición.

No se discute. Para empezar, no se discute en las academias, es decir, el proceso de aprendizaje que se concibe como didácticamente bueno en España consiste en un aprendizaje unilateral. Hay un oyente pasivo que escucha y que traga, y un señor que vocifera y suelta.

Así sucede también cuando se produce un libro. Los libros caen en el desierto, en el silencio más absoluto, y no se discuten nunca, porque se considera que no deben de discutirse, o porque no hay ganas de discutirse, o porque hay pereza para establecer un diálogo intelectual, y porque hay un cierto temor a debatir problemas, a levantar, a destapar cosas, a plantear cuestiones. Aquí habéis hablado casi, bueno, en general los tres, de que no existe una crítica.

Habláis de razones institucionales, históricas, de tradición, incluso de educación. Bueno, ¿qué diferencia España del resto de los países del mundo occidental entre los que nos podemos encontrar para que esto suceda aquí y no suceda en otras partes, o a lo mejor es que también suceda en otras partes? Esa pregunta me da un poco de miedo, porque si nos ponemos a hablar del problema español se puede acabar todo. Quiero decir que el qué nos diferencia de los demás, pues muchísimas cosas, pero habría que buscar las razones por las cuales hoy, en este momento, aquí, dejando aparte desgracias históricas y censuras, inquisiciones, falta de educación, analfabecismo general de la sociedad, etc., yo creo que de eso no debemos hablar, porque nos metería en un debate de tipo histórico que no es el nuestro.

Hablar hoy aquí. Entonces, evidentemente, partimos de una situación histórica, de un legado histórico pobre, enormemente pobre, en relación con otras naciones, recuerde la polémica de la ciencia española, de Menéndez y Pelayo, etc., y todo esto me parece que es evidente. Este legado histórico fundamentalmente empobrecido, donde la cultura, por lo menos la que yo conozco un poco, la cultura literaria, siempre ha residido en guetos, en círculos minoritarios, y que no han trascendido nunca al gran público, entonces, como digo, este legado histórico empobrecido, tremendamente pobre, recae en una sociedad como la actual, donde existe un reduccionismo general, una especialización general y una superficialización general de los conocimientos.

Entonces, digamos, que la implantación de las nuevas técnicas de producción y consumo de la sociedad contemporánea a este país que no tiene una base suficiente, lo empobrece todavía más. De tal manera que decimos, bueno, es que en nuestros tiempos antiguos, pues,

naturalmente, los críticos eran malos. No sé, si hoy se releen libros de Andrés González Blanco, crítico literario de principios de siglo, que era en aquel momento de los mejorcitos, era un buen discípulo de Menéndez y Pelayo, pues son muy flojos estos libros.

Tenían que bajar los grandes maestros a la palestra, pues como digo, Menéndez y Pelayo, luego Ortega, luego Eugenio Dors, que eran las excepciones y que no hacían crítica, estrictamente dicha crítica literaria de cosas que se producían, sino simplemente comentaban acontecimientos de su entorno. Y después, pues los críticos especializados que se pueden recordar, pues a mi modo de ver, de antes de la guerra, podríamos citar a Benjamín Jarnés, que hacía crítica literaria en la revista Occidente, sobre todo, y luego a Enrique Díez Canedo, que era un buen crítico de poesía, literario, pero digamos que eran ya muy especializados y que no llegaban en gran manera al gran público. Sin embargo, hoy, los medios de comunicación quieren llegar al gran público.

Aun los más exquisitos o los más elitistas, por ejemplo, El País, el lugar donde yo trabajo, que es un periódico que quiere ser muy serio, sin embargo, tiene la vocación de llegar al gran público y de venderse cuanto más mejor, entonces ahí se produce una contradicción muchas veces insalvable. Eduardo Subirás sí quería decir algo, ¿no? Sí, quería decir algo. En cuanto a diferencia, con un ejemplo, cuando Jürgen Habermas, este filósofo, y por necesitar un ejemplo, publica un libro, el libro, o cualquier otro filósofo, no se trata ahora, cito este nombre porque es más conocido, durante seis meses en Alemania, este libro se discute en todos los periódicos, en todas las universidades, en conferencias, en radio, en todos los medios, lo cual crea una dinámica cultural muy amplia.

¿Qué ocurre? Naturalmente, a partir de un libro, el autor y el lector hacen una experiencia sobre este libro que permite superar todo, tanto los conocimientos de uno como los conocimientos del otro, tanto los fallos, etc. La falta de esta dinámica es una de las causas de la baja calidad literaria de los textos ensayísticos en España. Creo que hay dos razones históricas, no las únicas razones, pero dos importantes razones históricas en España, una de esa falta de dinamismo cultural, de esa falta de energía crítica, y una la veo en la deficiencia que la ilustración tuvo en España, tanto en sus aspectos intelectuales como en sus aspectos políticos.

No se creó, o no se creó de manera suficiente, una definición programática de crítica a un nivel científico, y a nivel de su proyección literaria en un sentido amplio de esta palabra. Y, en segundo lugar, lo que seguramente es más contundente y mucho más fuerte en cuanto a sus efectos sociales, no creo que haya existido en España la concepción de un consenso democrático en ese sentido, en el sentido no de crear una ideología de tal o cual tendencia, sino en el sentido de establecer una dinámica colectiva de crítica y contracrítica, de discusión y de apertura. Es decir, esta idea de que la conciencia social, la conciencia y la identidad histórica no es jamás el resultado de un credo, de una filosofía, de un espíritu determinado, sino es el resultado de un proceso dinámico de discusión.

Cuando veo que, en efecto, como ha dicho Rafael, la cultura española, por ejemplo, la cultura

filosófica española, hoy, se mueve por grupitos, por grupúsculos, por sectas, por guetos, y se maniobra a nivel de guetos de manera que, si no estás afiliado en los científicos positivistas o en un grupito, estás perdido. Eso no es más que la última y lamentabilísima consecuencia de la falta de voluntad crítica que nace de que no existe en el pensamiento filosófico español prácticamente nadie que haya definido, teóricamente, desde una perspectiva de principio, digamos, metodológica, tanto como desde una perspectiva más común, más social, la necesidad y la función de la crítica. Entonces, tu opinión es un poco que no hay una necesidad, o sea, el público en general no siente una necesidad, o no se ha creado esa necesidad entre el público para el querer, el asumir una crítica por su misma persona, o también el leer revistas especializadas, publicaciones especializadas sobre la crítica.

No hay una motivación entre los lectores, entre el público en general. No hay este hábito. ¿Qué ocurre, por ejemplo? Esto lo he observado mil veces.

Cuando das una conferencia, o con un profesor extranjero en una conferencia, aún es más lamentable. Se acaba la conferencia y existe el hábito de marcharse, es decir, el público cree que ha cumplido ya su función, es decir, calentar el asiento, con escuchar. Cuando en realidad, cuando acaba la conferencia, es justamente cuando empieza la lección.

Y así suceden todas las cosas. Supongo que también debe suceder en las cortes. Yo quería preguntarte una cosa, Eduardo Bustos.

Como profesor de filosofía, ya que estamos hablando del público en general y luego también de públicos especializados, parece ser que los alumnos o las personas que están estudiando, son amantes de la filosofía, deberían tener una capacidad crítica o por lo menos una predisposición a interpretar determinadas cosas. Tú hablabas de conferencias. Entre el alumnado, entre las personas especializadas o que estudian filosofía, ¿también se da este hábito de no responder, de no participar, de no intentar la crítica personal? Como ha dicho Eduardo Subirats, ese es un hábito adquirido en el proceso de educación filosófica, en concreto.

Al alumno, en las clases, no se le estimula que ejerza la crítica sobre el discurso que el profesor emite. El propio modo de proporcionar al alumno los contenidos de la enseñanza hace inmunes a la crítica, no inmunes a la crítica desde el punto de vista, digamos, exterior, sino desde el punto de vista del propio desarrollo de la clase. El profesor no suele plantear esos contenidos como algo problemático, sino como algo que, dogmáticamente, se emite desde una cátedra.

Por lo tanto, difícilmente, al carecer de esos hábitos mentales, el alumno, si no tiene estímulos ajenos a la propia enseñanza, pues difícilmente el alumno adquiere ese particular sesgo del espíritu que es la capacidad crítica. Por otro lado, también quiero insistir en algo que ha apuntado Eduardo Subirats, que es lo siguiente, la ascripción, digamos, a determinadas sectas filosóficas. Todo alumno está, y si no lo está, peor para él, o peor para él desde el punto de vista profesional, está estimulado a un determinado proceso de identificación.

Ese proceso de identificación lo es con una determinada escuela, metodología, secta filosófica,

grupo de poder dentro de la universidad o fuera de ella. Ese proceso de ascripción se ejecuta de una forma igualmente acrítica, de tal modo que consiste más en un mecanismo antropológico de identificación con un grupo social, en el cual el alumno encuentra, digamos, su identidad intelectual y nunca se pone en cuestión cuáles son las razones de esa ascripción, cuáles son las razones que están dentro de ese mecanismo psicológico necesario seguramente para el alumno de identificación filosófica. Esto tiene que ver también con otra cuestión que no se ha suscitado pero que quisiera yo suscitar, que es la siguiente, cualquier valoración que se haga sobre el estado de la crítica en España tiene que tener en cuenta que la crítica es una forma de poder.

Tanto en los medios de comunicación de masas, especialmente en los medios de comunicación de masas, como en los medios especializados. Por lo tanto, hay que tener en cuenta que ese poder lo ejercen determinados individuos, determinados grupos de individuos. Y que esa es la razón de que, por lo menos en lo que yo conozco, en la crítica de filosofía especialmente, toda crítica se reduzca a una de estas dos cosas, o bien es un halago encubierto de la obra filosófica, halago muchas veces encargado por el propio autor de la obra filosófica, o bien es un ajuste de cuentas entre diferentes grupos de poder.

Bien, estamos en tiempo para el debate en temas, para el debate en Radio 3 de Radio Nacional de España, hablando de la crítica en España. Están con nosotros Eduardo Subirats, profesor de filosofía de la UNED, Eduardo Bustos, también profesor de filosofía en la UNED, y Rafael Conte, crítico especializado del diario El País. Bueno, pues para continuar un poco con lo que estábamos hablando, Eduardo Bustos decía que la crítica es poder, y hablaba también de los medios de comunicación.

Antes también Rafael Conte había dicho que en concreto, en su diario El País, se intenta llegar al gran público. Yo quería plantear una cuestión de no especialista, sino de simple lectora, interesada mínimamente por el tema de la crítica literaria. Cuando se acerca a uno, no ya a revistas especializadas, sino a los suplementos de los grandes periódicos, se da a uno cuenta de que la mayoría de las críticas que ahí se hacen, o reseñas de libros, no siempre coinciden con los libros que el gran público lee, sino son libros sumamente especializados de política, libros de socioeconomía, libros de filosofía, de temas profundos.

Entonces, ahí evidentemente hay un corte entre el medio de comunicación que llega al gran público, que puede ser el diario, puede ser la radio, puede ser la televisión, y los contenidos que allí se comentan o se reseñan. ¿Qué opinión podrías darme de esto? Pues que estoy relativamente de acuerdo. Y también en desacuerdo.

Quiero decir, si vemos por ejemplo esa cosa ficticia, falsa, mercantil e industrial que llaman listas de beselas, de libros más vendidos, en lo que corresponde a libros de literatura, de literatura ficción, que dicen en anglosajonía, todos esos libros han sido criticados en el país. O sea, El nombre de la rosa, de Humberto Eco, me estoy refiriendo ya a las últimas listas, ¿no? Las memorias de Adriano, de Magdalena Ursenar, Mazuca para unos pocos muertos, de Camilo

José Cela, Te trataré como una reina, de Rosa Montero, al señor Vizcaíno Casas, que evidentemente no es un producto de gran calidad, pues se le ha dedicado recientemente toda una historia de conjunto, ¿no? Y concretamente yo hice una vez una crítica de uno de sus libros para decir de una vez lo que me parecía. Entonces, esto es una necesidad del periódico.

Quiero decir, el periódico tiene que tratar los temas que interesan a la gente, o que la gente lee, por unos motivos o por otros, o por propaganda, por publicidad, porque un libro está publicado en una editorial que distribuye mejor que otra y que sabe vender sus productos mejor que otros. Entonces, por eso te digo que no estoy tan de acuerdo con lo que has dicho. En libros de pensamiento puede haber una diferencia, y no recuerdo ahora los datos exactamente, supongo que vosotros los recordaréis mejor que yo, pero en libros de pensamiento se ha atendido más, por lo menos mientras yo dirigía el suplemento, a lo que mis colaboradores especialistas me traían.

Decían, bueno, pues resulta que este libro es mejor que este otro y por lo tanto hay que tratar de este libro porque ya es un baremo de calidad. Pero los baremos de calidad siempre son, por una parte, subjetivos y por otra parte, abstractos. Quiero decir, bueno, pero ¿y lo que lee la gente? Pues yo de vez en cuando tenía que corregir a estos colaboradores míos y decir, bueno, pero hay que tratar de este libro de la OTAN o hay que tratar de este libro de las memorias de, no sé, el primo de Carrero Blanco.

De alguna manera había que tratarlo y lamento que no esté Álvaro Delgado porque Álvaro Delgado mismo, por ejemplo, en el país, se dedicó durante dos años a hacer la crítica de los libros que surgían, y han surgido muchos, en torno a la familia de Franco. No sé si recordaréis que le salían, por cierto, unas críticas preciosas a Álvaro que no me traía el encargado especializado de la sección que era un profesor también de la autónoma. Entonces yo creo que un periódico está obligado a tratar estos libros.

Los libros de consumo, sean buenos, sean malos, yo creo que el bestseller y la calidad casi nunca coinciden, pero no tienen por qué no coincidir y, de hecho, alguna vez, excepcionalmente, coinciden desde mi punto de vista. No sé vosotros qué pensáis. Yo creo que la solución mejor, aunque mi posición es un poco exterior a eso respecto a los periódicos, es hacer ambas cosas, los libros populares y, al mismo tiempo, los libros muy inclusivos, libros técnicos, libros con un público muy específico.

Pero lo que se hace en los grandes periódicos es crítica, esencialmente se puede decir que es críticos, comentario o reseña. Bueno, bueno, vamos a ver. La crítica de un libro serio no se puede hacer en dos folios y medio a doble espacio por una sola cara.

Esto es en noventa líneas de máquina. Eso es evidente. Entonces yo creo, bueno, eso cuando es media página y cuando es una página entera, digamos cinco folios, ciento cincuenta líneas de máquina.

Se pueden decir pocas cosas. Entonces hay que concentrarlo mucho y hay que ser muy

informativos, sobre todo, porque en los medios de comunicación, desgraciadamente, que no son acordeones, que no se pueden estirar a placer y donde, además, las páginas culturales son escasas porque no es lo que más vende en un país, sobre todo, como el nuestro. Entonces uno de mis combates durante mucho tiempo ha sido que yo quería que el suplemento literario tuviera doce páginas.

Hombre, a veces me daban doce páginas, pero por lo general eran siempre ocho. Esto ya es un combate con el sistema de producción del periódico que a tantas páginas de publicidad, tantas páginas de texto. Y eso es inconmovible.

Es un modelo económico que no se puede trastocar porque la independencia de un periódico está basada en su rentabilidad, en que se venda bien. Si un periódico pierde dinero y tiene que acudir a pedirlo a grupos de poder o a grupos financieros, pierde su independencia. Entonces, como digo, la crítica tiene que ser fundamentalmente en un periódico, informativa y luego, naturalmente, coger las dos o tres ideas claves del libro y contarlas y decir si al crítico le parecen bien o mal, con un mínimo argumento.

Y nada más, un periódico de masas no es una revista especializada. No hay sitio para más. ¿Estáis de acuerdo con esta opinión o no? Bien.

Eduardo Bustos. Bueno, tal como planteaste la pregunta, me da la impresión de que la respuesta más inmediata era la siguiente. Un periódico no debe, digamos, hacer crítica a libros que toda la gente lee porque, sencillamente, no existen esos libros.

Y la gente no lee todos esos libros, ¿no? Ya quisiéramos que la gente leyera más y que leyera los libros. Una de las funciones, yo creo, más serias de la crítica dentro de los medios de comunicación de masas, dentro de los periódicos, es justamente el de estimular la lectura dentro del público en general. Es decir, fundamentalmente, la crítica debe ser interesante, el libro.

Debe ser interesante, el libro. Yo he leído muchos libros justamente por críticas que he leído y yo creo que esa es una de las funciones más, en fin, socialmente beneficiosas, por decirlo de algún modo, de la crítica literaria. Respecto a las limitaciones, digamos, que impone el propio medio sobre la función crítica, yo diría lo siguiente.

Las revistas en las cuales se dispone, no existen ese tipo de limitaciones, digamos. Esas revistas especializadas en las cuales se puede ejercer la crítica de una forma más amplia, más completa, tampoco es tan superior, digamos, la calidad de la crítica a la que se encuentra en los medios de comunicación de masas. Y eso, en fin, nos remite a otro tipo de factor que quizás sería un poco largo de analizar, que es lo siguiente.

¿Existe realmente un bagaje teórico, un conjunto de conceptos que permitan, digamos, que sea característico de la crítica literaria o de la crítica filosófica, que realmente permita a tal crítica ejercer una función analítica seria? Yo pienso, francamente, desde mi punto de vista, que no

existe tal, digamos, teoría crítica y que, en todo caso, no aparece, por ningún lado, en las revistas especializadas de crítica. ¿Se podría decir que hay distintos tipos de crítica en todo esto que estáis enmarcando? ¿Se podría hacer una clasificación? Yo, si me permites, quería añadir algo a dos cosas que ha dicho Eduardo Bustos y que me parecen interesantes. Bueno, uno, lo que acaba de mencionar, es decir, ha puesto de manifiesto que en las revistas especializadas de crítica tampoco hay un nivel, a pesar de que tienen más páginas y un margen mayor, tampoco el nivel de la crítica es más sofisticado, más interesante, más rico, ni más polémico.

A mí me parece que esto es evidente. Me parece incluso evidente que no hay tantos lugares para escribir una crítica de más de tres cuartillas. No existe en esas revistas.

Y dos cosas. Precisamente la perfección de los instrumentos intelectuales susceptibles de desarrollar una crítica, ya no solamente en el sentido de una crítica de libros, sino, finalmente, de una crítica de la realidad, porque de eso se trata, y la crítica de libros no es más que un entretenimiento divertido para permitir una mayor agilidad a través de mejores instrumentos y, bueno, esta mejora del nivel crítico solamente es posible si creamos, si suscitamos esa necesidad de la crítica, si logramos hacer comprender que eso es necesario. Y ahora quiero ir a otro tema que has planteado antes, Eduardo, y es esa ecuación tan fuerte de crítica y poder que me ha encantado, porque es muy fuerte, y, por supuesto, las críticas que se hacen son apologías o son ajustes de cuentas.

Lo que pienso es que está muy bien que existan apologías de amiguetes y ajustes de cuentas de enemiguetes. Lo triste es que todo acabe aquí. Es decir, que, por ejemplo, un periódico, como me ha sucedido hace poco, me diga, ¿cuál es la nota? Tanto por parte del autor al cual critiqué, cuanto por parte del tonto que me dijo, esto no puede ponerse en esas páginas porque es indecente.

El que dijo eso no sabe lo que es crítica ni tiene ninguna responsabilidad intelectual. En cuanto al autor, pierde una maravillosa oportunidad para responderme. Claro está que, quizás, nadie le dejaría responder y hasta paramos impobrecerá para todos.

Si, yo quería hacer una pregunta aquí. ¿Quién selecciona lo que hay que criticar? ¿Hay autores malditos? ¿Qué papel tienen ahí las editoriales tanto desde la empresa periodística o la editorial del libro que publica? En ese sentido, ¿qué tenéis que decir? Bueno, yo quisiera antes añadir algo a lo que acaban de decir ambos, Eduardo. En el sentido de que la crítica es poder, pero ¿dónde? La crítica es poder dentro de los pequeños ambientes que se critican.

De los pequeños círculos, guetos, mafias, amistades y enemistades donde todo se mueve. Quiero decir que la crítica es poder en la universidad, en el pequeñito mundo de la cultura, pero, por ejemplo, la crítica no es poder en un medio de comunicación. Es evidente que y la televisión que son medios de comunicación que llegan a muchas más vamos, que llegan a muchas más personas que son mucho más influyentes y donde la parte crítica no existe.

Quiero decir las torpezas de televisión española con relación a sus emisiones literarias son

legendarias. No ha sabido hacer una emisión literaria en 25 años de existencia. Ni una.

Hombre, los periódicos en algunas etapas hacen algunas cosas. Depende de las personas que en un momento determinado lleguen allá y lo hagan. Pero quiero decir que a imagen de lo que pasa en televisión y de lo que pasa en la radio que ahora estamos en España experimentando un gran boom de la radio de una selección cultural o una selección cultural medianamente digna con muchos errores cuando este periódico tiene voluntad de ser intelectual y de ser serio porque la mayoría de los periódicos no les interesa para nada.

Pues aun dentro de esos grandes periódicos que quieren tener unas páginas culturales y de crítica el poder de la crítica es muy pequeño. Los poderes son económicos, sociales, políticos están muy por encima de sus cabezas. Aunque ya no sea un poder económico la crítica tiene suficiente poder o el crítico a la hora de hundir pongámoslo entre comillas o alzar a un determinado autor es decir, ¿hasta qué punto se hace caso a un crítico? Yo creo que eso depende de quién sea el crítico y de cuál sea el medio.

Si es un medio prestigiado y el crítico está prestigiado en la materia de que se trate no es que pueda hundir también puede lanzarlo y otras veces se lanzan y no hay respuesta. Por ejemplo, voy a hablar de mi experiencia personal yo creo que hay un escritor que falleció hace dos años que era un escritor muy interesante llamado Miguel Espinosa murciano del cual se han publicado tres libros uno de ellos póstumo que da abundante obra inédita han hablado intelectuales de talla como Enrique Tierno Galván que presentó su libro o como el profesor Alan Guren que hizo crítica o como yo mismo en mi modesta calidad de informador diciendo, ojo, ahí tienen ustedes un autor importante ese autor importante que además ya está muerto no es para beneficiar a nadie sigue siendo poco leído digamos todavía en vida hasta hoy se ha vendido de esta novela pues tres ediciones esto es nueve mil ejemplares sin embargo es un autor que quedará porque se irá vendiendo siempre recuerdo que una vez hablando con Rafael Sánchez Ferlosio que es un hombre que escribe muy poco y creo que es uno de los grandes escritores que hay en España que me ha publicado más que dos novelas me contaba que todos los años se venden unos dos mil ejemplares del Jarama cuatro mil de Alfanjui pero constantemente pues como ya lleva veinte años pues ya ha vendido cien mil ejemplares de cada uno y doscientos mil de la otra esto se iba perforando lentamente y ante esto digamos la crítica tuvo en su momento una intervención y después es el libro que se sostiene el autor al que se sostiene solo no funciona no funciona porque es una literatura de tipo minoritario tenemos el caso de Juan Benet que siempre ha tenido una gran crítica y que sin embargo es un autor poco leído y se lee mucho más vizca y no casas evidentemente entonces ya te digo que la influencia de la crítica existe pero es transitoria fugaz y bueno luego la calidad del producto